

833

Z.

PQ 2514

PG 8

v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

La versión al español de esta obra constituye una propiedad. Cumplidos los requisitos que preceptúa la ley, queda prohibida la reproducción en todo ó en parte de la misma, como también cualquier otra traducción no autorizada por el propietario de la presente.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

DOS PALABRAS.

Nada más difícil que traducir con exactitud y precisión el título que M. Zola ha dado á esta obra. Constituyendo como constituye una locución figurada, sólo puede buscarse su equivalente; y esto es lo que hemos hecho conservando en primer término el título francés.

Pot-bouille literalmente traducido quiere decir *olla que hierve*; pero el novelista no ha empleado la frase en este sentido. *Pot-bouille*, al frente de su libro, quiere expresar lo despreciable de la vida, lo asqueroso; en una palabra, *la miseria humana*.

En la necesidad de dar un nombre al libro que tanta boga ha alcanzado, respetamos el que le dió su autor y como explicación de él ponemos entre paréntesis el que mejor expresa el sentido de la obra.

I.

El coche de alquiler que conducía á Octavio desde la estación del ferrocarril de Lyon, tuvo que detenerse en la calle nueva de San Agustín, por impedirle avanzar los vehículos de todas clases que en aquel momento, cruzando en distintas direcciones, obstruían el paso. El joven, bajó el cristal á pesar del frío que hacía aquella tarde del mes de Noviembre y se sorprendió de la oscuridad que reinaba en aquel barrio de angostas calles, que parecían un hormiguero de gente. Las destempladas voces acompañadas de imprecaciones con que los carreteros y los aurigas detenidos expresaban su mal humor, el chasquido de los látigos que les servían de desahogo, la confusión de los transeuntes, la larga fila de puertas y escaparates que ofrecían las tiendas en las que entraban y

salian multitud de personas, compradores y dependientes; todo aquel cuadro y aquel ruido, aturdió al provinciano, que se había figurado un París más ordenado, más limpio, más bello y menos agitado por los apetitos de la especulación.

El cochero bajando la cabeza hacia una de las ventanillas, le preguntó:

—¿Es en el pasaje Choiseul?

—No, hombre no, contestó Octavio, calle de Choiseul, una casa nueva.

El cochero logró avanzar, dió media vuelta y se detuvo delante de la puerta de la segunda casa de la calle que le habían indicado, casa de cuatro pisos, toda de piedra, que contrastaba por su fachada casi flamante con las deterioradas de la vecindad. Octavio, que se apeó del coche, la contemplaba, y estudiaba maquinalmente todos sus detalles, desde los almacenes de sedería del piso bajo, hasta las ventanas del cuarto, que un poco retiradas daban á una estrecha azotea. En el principal soportaban varias cabezas de mujer talladas en piedra, un balcón corrido de complicado dibujo. Los marcos de los balcones y ventanas ofrecían adornos no menos complicados, churriguerescos y como fabricados con moldes. La puerta de entrada, con semejantes adminículos y más sobre-

cargada, ofrecía en su parte superior un tarjetón con el número de la casa, que un mechero de gas interior alumbraba de noche.

Un caballero grueso y rubio que salía de la casa, se detuvo de pronto al ver á Octavio.

—¡Cómo es eso! ¿V. aquí? exclamó. No le esperaba á V. hasta mañana.

—Con efecto, amigo mío, respondió el joven, he anticipado un día mi viaje. ¿Acaso no está aún preparada mi habitación?

—Sí por cierto... Hace quince días que alquilé el cuarto, y con arreglo á las instrucciones que recibí de V., ya está amueblado. Venga V. conmigo y le instalaré.

A pesar de las instancias de Octavio, insistió en conducirle á su habitación. El cochero bajó el equipaje y lo introdujo en el portal; donde de pié junto á la portería se hallaba un hombre con todo el aspecto de un diplomático, leyendo el *Moniteur*. Al ver los baules se dignó preocuparse de lo que pasaba en torno suyo, y saliendo al encuentro de su inquilino, el arquitecto del tercero, como él le llamaba, le preguntó:

—¿Es la persona á quien V. esperaba, monsieur Campardon?

—Sí, M. Gourd; es M. Octavio Mouret,

para quien he alquilado el piso cuarto que estaba vacante. Dormirá allí y comerá en mi casa. M. Mouret es amigo de los padres de mi señora, y se lo recomiendo á V. eficazmente.

Octavio contemplaba el portal, cuyas paredes revestidas de estuco coronaba un techo adornado con rosetones. En el fondo se descubria un patio enlosado, grande, espacioso, pero triste: en la puerta de las cuadras un mozo limpiaba con un pedazo de ante el bocado de un caballo. Jamás había bañado el sol con sus rayos el suelo de aquel patio.

El portero, el serio M. Gourd, examinaba las maletas del recién llegado, las empujó un poco con el pié, su peso le inspiró una actitud respetuosa, y habló de la necesidad de llamar á un mozo para que por la escalera de servicio subiese el equipaje á la habitación del nuevo inquilino.

—Voy á salir, dijo á su esposa acercándose á la portería.

Esta portería consistía en una salita, con grandes espejos, alfombrada con moqueta de flores encarnadas, y adornada con muebles de palo santo. Por una puerta entreabierta se descubria parte del dormitorio, en el que había una cama con colgadura y col-

cha de reps azul. Mad. Gourd, la portera, mujer fornida, correctamente acicalada y ostentando la tradicional papalina, se hallaba recostada en una butaca en la más negligente ociosidad.

—Subamos, dijo el arquitecto al viajero.

Y notando al abrir la puerta de caoba del vestibulo que Octavio miraba la gorra de terciopelo negro y las zapatillas de color azul celeste de M. Gourd:

—Ha sido ayuda de cámara del duque de Vaugelade, añadió.

—¡Ah! se limitó á exclamar Octavio.

—Sí, por cierto; y después casó con la viuda de un notario de Mort-la-Ville. En este pueblo poseen una casa y esperan á tener una renta de tres mil francos para retirarse... ¡Oh! son unos porteros distinguidos.

El vestibulo y la escalera eran muy lujosos. En el primero una figura de mujer, una especie de napolitana dorada, tenía en la cabeza un ánfora de la que salían tres mecheros de gas con bombas de cristal mate. Los lienzos de pared revestidos de estuco, blancos con anchos frisos de color de rosa, se repetían con regularidad en todo el hueco circular de la escalera, cuya barandilla era de hierro fundido imitando plata vieja con adornos de hojas de oro y pasamanos de caoba.

Una alfombra encarnada sujeta con varillas de cobre, cubría el centro de los peldaños. Pero lo que llamó la atención de Octavio al penetrar en el vestíbulo, fué el calor que allí hacía, calor de estufa, aire tibio.

—¡Calle! exclamó. ¿Hay calorifero en la escalera?

—Ya se ve que sí, contestó Campardon: actualmente, los caseros que se estiman, no vacilan en hacer ese gasto. La casa es excelente en todos conceptos, añadió dirigiendo á su alrededor miradas de arquitecto; y por añadidura, todos los inquilinos son personas de juicio, como Dios manda.

Después, subiendo pausadamente, fué dando cuenta al recién llegado de los diversos inquilinos de la casa. En cada piso había dos habitaciones, una con vistas á la calle y otra interior, cuyas puertas de caoba barnizadas estaban la una frente á la otra. Ante todo aludió á M. Augusto Vabre, hijo mayor del dueño de la casa, que había adquirido la primavera anterior el almacén de sedería del piso bajo y ocupaba todo el entresuelo. En el principal interior habitaba el otro hijo del casero, Teofilo Vabre con su esposa, y en el exterior el mismo casero, antiguo notario de Versailles, que vivía con su yerno M. de Duveyrier, magistrado del Tribunal Supremo.

—Un mozo aprovechado que sólo tiene 45 años, dijo Campardon deteniéndose. Me parece que ha hecho carrera aprisa ¿no es verdad?

Subió dos escalones, y deteniéndose de pronto, añadió.

—Debo decir á V. que en todos los pisos hay agua y gas.

Bajo las ventanas que daban luz á la escalera, en cada piso había una banqueta forrada de terciopelo encarnado. El arquitecto, desempeñando á las mil maravillas su papel de cicerone, llamó la atención del provinciano sobre aquel detalle, verdadera comodidad para los ancianos y las señoras. Continuó después su marcha ascendente, y como nada dijo al llegar al piso segundo:

—¿Y aquí quién vive? preguntó Octavio designando la puerta de la habitación exterior.

—¡Oh! ahí se cobijan personas á quienes nadie ve, que nadie trata... En honor de la verdad, aun cuando no habitasen aquí, nada se perdería... pero que quiere V., nunca falta una sombra que empañe poco ó mucho la luz.

Al pronunciar estas palabras hizo un gesto como de desprecio.

—El jefe de la familia, añadió, escribe libros según creo.

Al llegar al piso tercero reapareció la alegría en el rostro del arquitecto. La parte interior estaba repartida en dos habitaciones: en una de ellas vivía Mad. Juzeur, una mujer muy desgraciada, y en la otra un caballero que no iba allí más que un día á la semana á despachar sus asuntos.

Al dar estas explicaciones al joven, abrió Campardon la puerta del cuarto exterior.

—Esta es mi casa, dijo. Espéreme V. un momento, voy á coger la llave de la habitación que ha de hospedar á V., la veremos primero y después saludará V. á mi esposa.

Los dos minutos que permaneció solo Octavio, se sintió como sobrecogido por el silencio y el aspecto grave y severo de la escalera. Se asomó por la barandilla, miró abajo, después alzó los ojos y nada, ni el más leve ruido se oía. Reinaba allí la paz del cementerio, parecía aquello una de esas salas, cuidadosamente cerradas, en las que no penetra ni un soplo siquiera de aire. Detrás de aquellas elegantes puertas de caoba brillante, había algo así como abismos de honradez.

—Va V. á tener unos vecinos excelentes, dijo Campardon saliendo de su cuarto con la

llave en la mano: al lado de su habitación en la parte exterior viven los Josserand, una familia en toda regla, el padre es cajero del almacén de cristalería de San José y tiene dos hijas casaderas; en la otra habitación interior viven los Pichon, un matrimonio apreciableísimo, que no nada en oro, no por cierto; pero él y ella están bien educados... Ciertamente, su posición contrasta con la de los demás inquilinos... él es empleado; pero amigo, no hay que andar con remilgos... un casero debe alquilar su casa del mejor modo posible.

Desde el piso tercero cesaba la alfombra de la escalera, y la reemplazaba una sencilla y ancha franja de lona gris. Octavio experimentó un leve disgusto. Aquella lona hería en cierto modo su amor propio. La escalera le había infundido algún respeto, y se había enorgullecido de habitar una casa tan distinguida como aquella, que le pintaba el arquitecto. Caminaba detrás de éste, y en el corredor que conducía á su cuarto descubrió á través de una puerta entornada una mujer joven que estaba de pie junto á una cuna. Al percibir el ruido que hacían los dos amigos, volvió la cabeza. Era rubia, con ojos claros y lánguidos. El viajero recogió una mirada de su vecina, y nada más

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MICHIGAN
 "AL QUINTO ANO"
 Apdo. 1895 MONTREY, MICHIGAN

porque la joven poniéndose de pronto muy colorada, con aire vergonzoso como de quien se ve sorprendido, empujó la puerta y cerró.

Campardon se volvió hacia Octavio para repetirle:

—En todos los pisos hay agua y gas.

Acto continuo le enseñó una puerta que comunicaba con la escalera de servicio, le dijo que al final se hallaban como es costumbre en Francia, varios cuartos destinados á los criados de los diversos inquilinos de la casa; y deteniéndose ante una puerta que limitaba el corredor:

—He aquí la habitación de V. añadió.

Componiase de una sala cuadrada, bastante grande, con papel gris y flores azules y muebles de caoba, de una alcoba y de un tocador tan pequeño que apenas cabía en él un lavabo. Octavio se dirigió á la ventana de la sala y vió desde ella el patio triste y limpio á la vez, con su pavimento monótono y una fuente cuyo grifo de metal resplandecía. Pero ni un sér viviente, ni un rumor, nada más que las ventanas uniformes, cerradas, sin una jaula con pájaros, sin un tiesto con flores y sin más adorno que las cortinillas blancas, iguales en todos los pisos. Para ocultar una pared medianera que cerraba el cuadrado del patio, se habían

pintado ventanas como las de los otros lados, pero con persianas continuamente echadas tras de las que parecía continuar la vida recogida y casi monástica que acusaban todos los cuartos de aquella casa.

—Amigo mío, dijo Octavio encantado después de examinar la habitación, no ha podido V. hospedarme más á mi gusto.

—Lo celebro en el alma, contestó Campardon. Por mi parte y aunque sin separarme de las instrucciones de V., he obrado como si se hubiera tratado de mi persona. ¿Con qué el mobiliario le agrada á V.? Es cuanto por de pronto puede necesitar un joven; después... V. lo aumentará á medida de su deseo.

Octavio estrechó sus manos en señal de gratitud, y le manifestó cuánto sentía haberle molestado.

—De ningún modo... ¡ah! lo que tengo que recomendar á V. es que no haga ruido, y sobre todo que no traiga jamás por aquí á ninguna hija de Eva... ¡Oh! créame V., si tal hiciera, si apareciese en la escalera alguna falda subversiva, produciría ese suceso en la vecindad una verdadera revolución.

—¡No tenga V. cuidado! contestó el joven con alguna inquietud.

—Se lo advierto á V., porque el primero

que sufriría las consecuencias sería yo... Ya ha visto V. lo que es la casa; por todas partes trasciende al juicio, á la honradez, á la moralidad de sus moradores... Reconozco que hay alguna exageración... pero ¿qué quiere V.? hay que respetar esos escrúpulos, hijos de una susceptibilidad plausible. En cuanto el bueno del portero se apercibiese de la entrada ó salida de lo que aquí es fruto prohibido, daría parte al casero, éste me llamaría y me pondría de ropa de Pascua. Así es, que á las indicadas consideraciones uno mi ruego para que pueda yo vivir tranquilo... ¿Con que respetará V. la tradición, no es eso? Bien, bravo, amigo mío, gracias anticipadas por su resolución.

Octavio, conmovido por las palabras del arquitecto, juró complacerle, y entonces Campardon guiñando el ojo y bajando la voz, como si temiera que le oyesen, añadió:

—Fuera de aquí, ya es otra cosa... ¿está usted? A cada edad hay que darle lo suyo, y además, París es grande, cada cual puede hacer de su capa un sayo... y lo que es yo, en el fondo, comprendo ciertas debilidades... al fin y al cabo soy un artista.

Un mozo subió con el equipaje y después de dejarlo, asistió el arquitecto con paternal bondad á las prosáicas operaciones que prac-

ticó el joven para quitarse el polvo del camino y asearse. Después dijo levantándose:

—Ea, ahora bajemos á ver á mi mujer.

Así lo hicieron, y la criada que abrió la puerta, una chica pequeña, bastante morenita y muy lista, dijo que la señora estaba ocupada. Deseando Campardon dar muestras de confianza al joven huésped, le enseñó la casa. En primer lugar, visitaron la sala de recibo, cuyas paredes ostentaban un precioso papel blanco y oro, muy adornado con molduras de fábrica. Hallábase entre un gabinete verde que el arquitecto había transformado en su estudio, y el gabinete que servía al matrimonio de dormitorio, en el que no pudieron entrar, pero cuya forma y ornamentación le describió minuciosamente.

Pasaron en seguida al comedor, forrado de papel simulando roble y con diversos y complicados medallones figurando ramos de flores. Octavio al verse allí, exclamó maravillado:

—¡Todo esto es magnífico!

Sin embargo, en el techo aparecían dos grandes hendiduras, y en uno de los ángulos se había descascarillado la pintura y se veía el humilde y democrático yeso.

—Sí, dijo pausadamente el arquitecto al

mismo tiempo que miraba al techo, hay apariencia... Todas estas casas están admirablemente arregladas para producir efecto... Respecto de la solidez, ya es otra cosa. Ya ve V., apenas tendrán doce años estas paredes y ya asoman las grietas. Se construye la fachada con piedra y se la adorna con esculturas hechas á máquina; se barniza la escalera; se doran y se pintan las habitaciones, y esto halaga, inspira consideración... Pero no nos quejemos; endebles y todo como son las nuevas construcciones, durarán por lo menos tanto como nosotros. ¿Qué más podemos pedirles?

Atravesaron de nuevo la antesala, y el arquitecto mostró á su amigo un cuarto que había á la izquierda con vistas al patio, en el que dormía su hija Angela. Todo en aquella habitación era blanco, asemejándola en aquella tarde del mes de Noviembre á una tumba. Al final de un corredor estaba la cocina, y Campardon familiarizándose más y más con su huésped, quiso que entrase á verla para que conociera todos los rincones de la casa.

—Venga V., venga V.; dijo empujando la puerta.

En aquel momento oyeron un ruido infernal. A pesar del frío, la ventana de la co-

cina estaba abierta de par en par, y asomadas á ella la doncella morenita y una cocinera vieja y de muchas carnes. Aquella ventana daba á un estrecho patio interior, que más parecía un pozo por no decir una cloaca. Las dos criadas gritaban á la vez, al mismo tiempo que del fondo de aquel antro subían voces cascadas y aguardentosas, mezcladas con careajadas y palabrotas. Aquel patio parecía como el vertedero de una alcantarilla: toda la domesticidad de la casa tenía aquel punto de reunión y de desahogo. Octavio no pudo menos de pensar en aquel instante en la majestad de la escalera principal.

Las dos criadas movidas por el instinto, se volvieron, quedando consternadas al ver á su amo con un caballero. Acto continuo cerraron la ventana y se restableció el silencio.

—¿Qué era eso, Lisa? preguntó Campardon.

—Nada, señor, respondió la doncella procurando contener la ira de que se hallaba poseída; lo de siempre, que esa puerca de Adela ha arrojado las tripas de un conejo por la ventana... El señor debería quejarse á M. Jossierand.

Campardon se puso serio, y no queriendo

dar importancia al asunto, salió de la cocina con su huésped y se encaminó á su estudio diciéndole:

— Ya lo ha visto V. todo: en cada piso hay la misma distribución. ¡Pero á pesar de lo pequeña que es la casa y de ser un tercero, pago dos mil quinientos francos! Los alquileres aumentan que es un gusto... sobre todo para los caseros. M. Vabre se mete todos los años en el bolsillo veintidos mil francos con sólo lo que le produce este inmueble. Y cada día ganará más, porque se trata de abrir una ancha calle desde la plaza de la Bolsa, hasta el teatro de la Opera: el proyecto ha sido ya aprobado... Ahí tiene usted lo que son las cosas: hace doce años compró el terreno por un pedazo de pan como quien dice, después de un gran incendio producido por la criada de un droguero; y ahora.. ¡ahora échele V. galgos!

Al entrar en el estudio del arquitecto, vió Octavio encima de un tablero de dibujo, recibiendo toda la luz que entraba por el balcón y en un cuadro riquísimo, una virgen mostrando fuera de su abierto pecho un corazón enorme, flameante. Al verlo no pudo contener un movimiento de sorpresa, y miró á Campardon, á quien algunos años antes había conocido en Plassans, pueblo de

su naturaleza, menos devoto de lo que parecía entonces y en cambio algo alegre de cascos.

— ¡Ah! murmuró el arquitecto un poco ruboroso, no le he dicho á V. que he sido nombrado arquitecto diocesano de Evreux. Una bicoca: dos mil francos al año á lo sumo. Pero no me da que hacer; algún viaje de cuando en cuando: tengo allí un inspector que me reemplaza... Que quiere V., es conveniente poder poner en las tarjetas: arquitecto del Gobierno. No puede V. imaginarse los negocios que esto me proporciona y... de gente distinguida. Al hablar, miraba á la virgen, y en un brusco acceso de franqueza, añadió:

— Por supuesto, que como V. comprenderá, me tienen sin cuidado todas estas pamplinas.

Octavio se echó á reir, y el arquitecto comprendió que hacía mal en tener tanta confianza con un joven. Bajando entonces los ojos y tomando un aspecto compungido, procuró recoger velas.

— Llamo pamplinas á estas cosas añadió, y lo son y no lo son... Ya voy siendo algo viejo; y cuando llegue V. á mi edad, cuando tenga V. mundo, ya verá V. cómo le ponen serio las cosas que hoy le hacen reir.

Con este motivo habló de sus cuarenta y dos años, del vacío de la existencia, y dió á sus palabras un tinte de melancolía que contrastaba con su robustez y su salud. Había procurado dar á su cabeza un aspecto artístico, llevaba la barba cortada á lo Enrique IV, pero á pesar de todo se veía en él el cráneo achatado y la mandíbula cuadrada de esos tipos vulgares, de inteligencia limitada y de voraces apetitos. En su juventud se había señalado por su empalagosa alegría.

La distraída mirada de Octavio se fijó en un número de la *Gaceta de Francia* que asomaba entre los planos que había sobre el tablero. Campardon lo notó, y queriendo evitar nuevas explicaciones tocó el timbre, y al presentarse la doncella preguntó si la señora estaba ya visible.

La doméstica respondió que el doctor acababa de marcharse y que la señora saldría en seguida.

—Cómo es eso preguntó Octavio. ¿Madame Campardon está enferma?

—Achacosa como siempre, contestó el arquitecto con cierto aire de fastidio.

—¿Qué es lo que tiene?

El marido, algo mohino, salió del apuro contestando por tabla:

—Nada de particular, dijo, ya puede us-

ted figurarse, las mujeres son tan delicadas, siempre tienen algo descompuesto... La mía viene sufriendo desde hace trece años; desde su último parto no ha levantado cabeza como quien dice... Por lo demás, está perfectamente, y hasta más gruesa, ya lo verá usted.

Octavio no insistió. Precisamente en aquel instante volvió Lisa con una tarjeta, y el arquitecto excusándose salió precipitadamente á la sala rogando al joven que hablara con su esposa mientras volvía. La precipitación del arquitecto era hija del temor que le asaltó de que Octavio le molestase con nuevas preguntas, si veía como él había visto la negra sombra de una sotana. Por esta razón, al marcharse procuró cerrar la puerta.

Casi al mismo tiempo que el arquitecto salía, entraba su esposa en el estudio por una puerta de escape. Octavio la encontró desconocida. Cuando él era chico y la conoció en Plassans en casa de su padre M. Dommegue, empleado en la administración de puentes y calzadas, era feucha y delgada; y á los veinte años estaba tan enfermiza que parecía una niña bajo la influencia de la crisis que produce en la mujer el paso de la niñez á la pubertad. Todo había cambiado; estaba gruesa, su tez se asemejaba á las de